

LA LUZ DEL PORVENIR.

SEMANARIO ESPIRITISTA.

| PRECIOS DE SUSCRICION | LA REDACCION Y ADMINISTRACION: | PUNTOS DE SUSCRICION. |
|--|--|--|
| Barcelona: un trimestre adelantado. 4 ptas. Fuera de Barcelona: un año, id. . 4 ptas. Extranjero y Ultramar: un año, id. 8 ptas. | Baja de S. Pedro, 30 Se publica los Jueves | En Lérida, Administracion de El Buen Sentido, Mayor, 81, 2. ^o Madrid: Barquillo, 5, pral., int. -Alicante: S. Francisco, 28, dup. ^o |

SUMARIO.

El ahorro.—Ruy-señor.—Nuestra fé espiritista.—Libertad del pensamiento.—Suelto.—Suscripcion.

EL AHORRO.

En un periódico de Granada leimos un artículo titulado «Lo que puede el ahorro», en el cual el distinguido é incógnito escritor, despues de hacer muy buenos consideraciones sobre lo coaveniente que es la economía, refiere un hecho que dá gran enseñanza, y esto nos induce á transcribirle á continuacion.

«Hace unos diez y siete años, un fabricante de Barcelona tenia un obrero muy hábil, por consiguiente, de los de más jornal, pero muy aficionado al vino, tanto, que solia emborracharse, sin que hubiera medio para corregirle. El fabricante le despidió muchas veces, pero no tardaba en volver á recibirle en interés de su fábrica. Sin embargo, el vino llegó á dominar de tal manera al desdichado obrero, que se juzgó casi imposible conservarle en los talleres, por mas que fuera grande su habilidad. El hombre, en un momento lúcido, comprendiendo la razon que asistia al dueño de la fábrica, fué á suplicarle, pero el dueño solamente consintió en recibirle mediante un salario muy reducido.

—«De este modo, le dijo, no tendrás dinero para ir á la taberna, puesto que lo que te señalo de salario apenas te bastará para comer.

»El obrero, que fuera de aquel funesto vicio era bueno, consintió, persuadido de lo mucho que le convenia curarse de tan abominable costumbre.

»Durante unos meses nada hubo que reprocharle, cumplió su promesa. Pero pasado aquel tiempo, volvió á la taberna, y aunque al principio se escusaba de beber, al fin sucumbió nuevamente al vicio y volvió á emborracharse. El fabricante le llamó y presentándole una libreta de la Caja de Ahorros, donde constaba el importe de noventa duros, le dijo:

—«José, esta libreta á nombre mio representa lo que he dejado de pagarte de tu jornal á fin de corregirte del vicio del vino. Veo que otra vez vuelves á entregarte á ese vicio faltando á tus promesas y propósitos, y ya no quiero que esté en mi casa quien manifiesta tan flaca voluntad para cumplir lo que promete. Pero este dinero es tuyo y voy á poner el endoso á tu nombre y harás de tu dinero lo que quieras.

»El obrero quedó asombrado y confundido al saber que era dueño de una suma de noventa duros. La posesion imprevista de semejante capital fué para él de un efecto higiénico, prodigioso.

—«No, no, exclamó, guarde V. esos noventa duros, como míos y bendito sea usted! ¡Abí es nada! ¡noventa duros! guárdelos V. para mí y siga guardando hasta que yo me establezca y los necesite. Ahora sí que puedo pensar en casarme un dia y tener mi casita y mis hijitos.—Cumplió su palabra el obrero, y hoy es dueño de una fábrica de Cataluña cuyos productos son buscados con empeño en el mercado y premiados en todas las exposiciones.

»El capital formado lentamente á fuerza de trabajo, ha sido para él la base de

su independencia, de su salud, y de su felicidad. ¿De qué le hubiera servido gastarlo en la taberna?»

Le hubiera servido para hundirse en el lodo de la mas completa degradacion, porque la embriaguez es uno de los vicios que más embrutecen y rebajan al hombre.

Siempre hemos creido que el ahorro nos es tan necesario como el aire que respiramos, y aunque algunos aseguran que no se debe amar al dinero porque los que le aman se convierten en avaros, nosotros creemos que una cosa es tener codicia, y otra cosa es tener arreglo.

Muchas madres tienen la buena costumbre de comprarles á sus hijos cuando son pequeñitos una *alcancia*, y en ella va echando el niño sus economías que un dia le sirven para comprarse un bonito juguete ó un lindo vestido.

Recordamos que estando en Toledo fuimos á pasar un dia á una casa de campo, cuyos dueños son un honrado matrimonio con siete chiquillos; la mayor parte del año la pasaban en su hermosa quinta, y segun decian ellos, querian aprovecharse de la infancia de sus hijos, pues cuando estos fueran mayores tendrian que estar casi todo el año en Madrid por los estudios de los muchachos.

Es una familia verdaderamente patriarcal. Juan y Eloisa se quieren tan profundamente, que, á pesar de llevar muchos años de casados no pueden vivir el uno sin el otro. Han tenido la suerte, es decir, han merecido esa dicha, que todos sus hijos son espíritus adelantados, dóciles, cariñosos, expresivos, así es, que pasar un dia entre ellos, es pasar un dia en la gloria; y siempre recordamos el dia que pasamos en su compañía en su quinta de Toledo.

Por la tarde mientras los niños jugaban en el jardin, Juan y Eloisa me enseñaron minuciosamente toda la casa, llamándome la atencion el dormitorio de los niños, que era un salon grande donde habia siete camitas de hierro envueltas en colgaduras blancas de muselina, recogidas con grandes lazos de cinta de moaré azul.

Sobre una cómoda habia siete *alcancias*, de barro encarnado, teniendo cada una escrito con un lápiz blanco el nombre de su dueño, y debajo un letrero que decia: *caja de los pobres*.

Aquellas primitivas cajas de ahorros nos hicieron reir alegremente, porque nos recordaron nuestra primera edad. ¿Qué niño si ha tenido una madre cariñosa y previsora no ha fijado su mirada ansiosa en una de esas vasijas de barro cerradas como el porvenir, con una sola abertura por la cual el pequeñuelo ha mirado con afan queriendo atraer con el magnetismo de su mirada los tesoros que encierra aquella caja de caudales de la infancia? ¿Qué niño no se ha creido mas rico que Creso haciendo sonar su alcancia? ¡Horas benditas, instantes de reposo que no se vuelven á tener en toda una encarnacion!

Entre las *cajitas de ahorros* nos llamó vivamente la atencion ver debajo de un globo de cristal sobre un cojin de terciopelo azul un *alcancia* rota.

—¿Qué es esto? preguntamos.

—Mi primera caja de ahorros, dijo Juan gravemente: esos restos guardan una historia.

—¿Se puede saber?

—Sí; yo se la contaré con mucho gusto.

—Nos sentamos los tres, y Juan comenzó su relato diciendo con voz conmovida.

—He tenido la dicha de tener por madre á una mujer tan buena, tan cuidadosa, tan amante de sus hijos, que vivia consagrada á mi hermana y á mí. Murió mi padre siendo yo muy pequeño, y ella se dedicó á seguir con la modesta tienda de hilos y sedas, que habia sido el único patrimonio de mis abuelos paternos.

A mi hermana y á mí, á cada uno nos compró una *alcancia* muy grande, y todo el dinero que recogiamos de nuestros parientes, por la Pascua de Navidad, y los dias de Santo, nos lo hacia guardar en la hucha, diciendo así:

—Mirad, hijos míos, estais bien alimentados, no os falta ropa con que abrigaros, teneis juguetes con que distraeros, y libros con que instruiros, cuanto pudiérais comprar seria supérfluo; pues entonces guardad ese dinero para una verdadera

necesidad, y ella misma ponía en nuestras manos las monedas, y nos las hacía echar en la *alcancia*.

Seguimos viviendo tranquilamente sin mas incidentes desagradables que una terrible enfermedad que tuvo mi hermana al cumplir catorce años. Su convalecencia fué penosísima, y los médicos dispusieron que viajara, que mudara de aires y de aguas, para recobrar fuerzas; entonces mi madre me dejó en la tienda con un tío suyo, y ella se fué con mi hermana, sirviendo los ahorros de esta última para cubrir los gastos del viaje, con el cual recobró su salud y encontró su felicidad, pues conoció á un jóven muy bueno, y que tres años despues fué su marido.

Yo, mientras mi madre estuvo fuera, estando un dia en la tienda, (tendria yo entonces unos diez y siete años,) ví entrar á un ciego vestido con decencia guiado por una niña de unos diez ú once años, y esta me entregó una carta de un hermano de mi madre residente en Madrid, el cual nos recomendaba eficazmente á aquel pobre ciego, que habia perdido la vista trabajando en diamantes, y queria ir á Paris donde habia un oculista aleman que hacia milagros, que necesitaba reunir el dinero del viaje para él y su hija, pues la cura confiaba que se la harian gratis, que era un hombre muy bueno, y que viéramos de recomendarle á nuestros amigos, pues haríamos una verdadera obra de caridad.

Yo no sé que sentí al leer aquella carta, miré al ciego y su hija, los hice sentar, y les pedí mas esplicaciones. El pobre enfermo me contó cuanto le acontecia, el afan que tenia por recobrar la vista para ser útil á su hija que era un ángel de bondad. En tanto la niña lloraba silenciosamente, se conocia que el pedir una limosna le era muy doloroso.

Sin saber por qué, al ver aquel cuadro tan comovedor recordé las frases de mi madre cuando me hacia guardar mis aguinaldos en la *alcancia*, diciéndome con ternura:

—Reserva ese dinero para una verdadera necesidad.

—Hé aquí una verdadera necesidad, me dije, y subí á mi cuarto por mi caja de ahorros entregándosela al ciego con la mayor alegría diciéndole:

—Tomad, ahí teneis todas mis economias, mi madre me ha dicho siempre que guardara el dinero para una verdadera necesidad. ¿Qué mayor necesidad que la vuestra? ¡la vista es la vida!... quiera Dios que podais vivir!

El dignísimo enfermo de ninguna manera quiso aceptar mi donativo sin permiso de mi madre, pero asegurándole mi tío que mi madre estaria muy contenta de mi proceder, despues de muchos ruegos accedió á mis deseos, y él mismo dió un golpe á la *alcancia*, que se rompió en dos pedazos, contamos lo que contenia y fué inmenso nuestro júbilo pues habia mas de cuatro mil reales, que él tomó á título de préstamo, diciendo que estaba convencidísimo que me podria pagar pronto lo cantidad que tan generosamente yo le daba.

Si he de ser franco, mas que su desgracia me conmovió el llanto de su hija; aquella niña que aun llevaba el luto de su madre absorvió tanto mi atencion, que no me hubiera separado de ella. Los hice quedar á comer, y aquella misma noche marcharon con direccion á París; el pobre ciego me llamó hijo al estrecharme contra su corazon, diciendo á su hija:—Eloisa, abraza á tu hermano, á tu salvador, por él tendrás padre.

Reparamos que mientras hablaba nuestro amigo su esposa lloraba en silencio, y en seguida comprendimos que era ella la niña que acompañaba al ciego, y estrechamos sus manos con efusion, Juan se sonrió, y prosiguió diciendo:

—Habeis comprendido que esta es aquella niña, me alegro que lo hayais adivinado.

Pues bueno, se fueron, y no reparé entonces que Eloisa habia guardado en su pañuelo la *alcancia* rota. Cuando vino mi madre, y le conté lo que habia hecho no me dijo nada, pero me dió un abrazo que aun me parece que siento su dulce presion. Eloisa cumplió como una mujer, nos fué escribiendo todos los trámites de la curacion de su padre, seis meses despues me lo ví entrar en la tienda con los ojos llenos de vida. Aquel momento ha sido el mas dichoso de toda mi existencia, mi madre tomó una parte muy activa en mi alegría, ¡como era tan buena!

En cuanto vió á Eloisa simpatizó con ella, comprendió lo que valia aquella niña y

conoció tambien que yo la amaba. Estuvieron descansando en casa ocho dias, y al regresar á Madrid obtuve permiso de mi madre para acompañarles.

¡Qué viaje tan dichoso! Eloisa nunca fué niña, parecia una mujer, así es que sus miradas me hicieron conocer que mi cariño era correspondido.

Cuando volví á Toledo me parecia muy pequeño el mundo para contener mi felicidad.

El dinero que ganó el padre de mi esposa en la primera semana que volvió á trabajar empleó parte de él en tres décimos de la loteria, y una mañana me lo ví entrar con Eloisa radiantes los dos de alegría.

—Escucha Juan, me dijo él, al entregarme tus ahorros te dije que los aceptaba en calidad de préstamo, hoy vengo á devolvértelos, aquí los tienes con los intereses; y en billetes de Banco nos presentó diez mil duros que le habian cabido én suerte en la loteria.

Desde entonces formamos una sola familia, aquel hombre generoso no consintió manejar aquel dinero, lo dejó en poder de mi madre como dote de Eloisa, y él siguió trabajando pero viviendo en nuestra compañía, queriéndome con delirio, y él fué el que guardó los restos de mi alcancia como un recuerdo sagrado. Era un espíritu tan agradecido que me pagó con creces el bien que le hice, y cuando me casé con mi Eloisa creimos que se volvía loco de alegría.

Como nuestra felicidad la hemos debido en gran parte á mi caja de ahorros, no nos hemos descuidado en dotar á nuestros hijos con igual tesoro, y hacemos lo posible porque empleen sus ahorros como decia mi madre, en casos de verdadera necesidad.

--Teneis muy buen pensamiento

—No todo es obra nuestra, dijo Eloisa sonriéndose, mi padre siempre me aconseja que acostumbre á mis hijos al ahorro.

—¿Pues no murió tu padre?

—Sí, á los dos años de habernos casado, pero viene muy amenudo á verme.

—¿Cómo á verte? ¿qué estás diciendo?

—¿No sabes que soy espiritista, y además médium vidente y escribiente?

—Sabia que eras adicta al espiritismo, pero ignoraba que fueras medium.

—Y muy bueno, replicó Juan, tenemos un libro de comunicaciones obtenidas por ella, que algunas son de gran valia.

—No hagas caso de mi esposo, para él es notable todo lo que yo hago. Obtengo comunicaciones puramente familiares, mi padre me sigue aconsejando desde ultratumba del mismo modo que lo hacia en la tierra, ni mas ni menos. Es un espíritu muy amante de la familia, y enlazado á Juan y á mí, por haber sido en muchas chas existencias nuestro padre, se desvive por nosotros.

—¡Ah! entonces así se explica la accion que Juan hizo con él, se necesita sentir mucho para obrar así.

—Yo lo único que le diré, que al verle sentí lo que nunca habia sentido, aunque en honor de la verdad, el llanto de Eloisa fué lo que mas me conmovió; mas aparte de eso, lo quise tanto que cuando se murió tuve mas sentimiento que cuando perdí á mi madre, lo confieso, y la misma pena me hizo buscar el espiritismo, y para mí, fuera de mi esposa y mis hijos, no tengo mas gusto que leer las comunicaciones de mi padre, porque siempre encuentro en ellas algo que aprender.

—Léame alguna.

No tuve que decírselo dos veces, porque en seguida trajo Juan un libro lujosamente encuadernado, y nos leyó la siguiente comunicacion:

«¡El ahorro! ¡cuanto bien produce este modesto acopio de riqueza!

»¡Cuán útil puede ser el hombre á la humanidad, cuando para ella reserva el fruto de sus economias!

»Vivir pensando en las necesidades de los demás, es vivir dentro de la ley de Dios.

»El que ahorra por el placer de atesorar es digno de compasion, pero el que se priva de lo supérfluo para dar á otro lo necesario, tiene andado la mitad del camino de la gloria. Eso te ha sucedido á tí, hijo mio, yo he recogido la semilla que en otro tiempo sembré en tu corazon.

»Yo inculqué en tu mente el amor á la economía, ¿quién me dijera entonces que mi trabajo secundado mas tarde por otro espíritu de buen sentimiento habia de proporcionarme el goce mas grande que podia tener en la tierra, recobrar la vista del cuerpo y encontrar un alma sensible que tanto escasean en ese planeta?

»El trabajo acumulado es un depósito de virtudes, es una caja de ahorros que encuentra el espíritu cuando mas lo necesita. Yo tenia de sufrir la horrosa prueba de la ceguera durante largo tiempo, pero yo te habia amado mucho en sucesivas existencias, yo habia inculcado en tu mente los mas generosos sentimientos, yo te habia educado con el mas tierno desvelo, yo habia depositado en tí toda la sávia de mi amor; por eso encontré en tí tan noble desprendimiento, porque era parte integrante de mi sér, y porque tambien te habia amado en sus encarnaciones anteriores. Por esto, hijo mio, no me cansaré nunca de repetirte que ames mucho á tus hijos, que hagas tu caja de ahorros como hice yo, que en medio de mi justa expiacion encontré tu cariño que fué mi puerto de salvacion.

»Recuerda los consejos de tu buena madre, no acostumbres á tus hijos á vivir en la miseria, porque los espíritus se hacen avaros si viven con mezquindad.

»Pero tampoco los dejes solazarse en la opulencia, que se hacen indiferentes á las desgracias del prójimo porque no conocen el sufrimiento

»En un buen medio consiste la virtud, hazles amar la vida proporcionándoles honestas y moderadas satisfacciones, háblales continuamente de los desgraciados; y créales su caja de ahorros para que se acostumbren á una prudente economía, y así conseguirás llevar á tus hijos por el camino de la virtud, y tú vivirás dichoso entre espíritus dóciles y humildes, única dicha que le es dado al hombre disfrutar en la tierra.»

—Tiene mucha razon tu marido, Eloisa, es muy buena esa comunicacion; ciertamente que el ahorro es la primera base del bienestar de la familia: porque no basta que dos séres se quieran con delirio, se necesita que tengan talento para vivir proporcionándose los medios de subsistencia, para disfrutar de una paz duradera.

.

Siempre que leemos algo referente á el ahorro, nos acordamos de Juan y de Eloisa, de aquellos dos séres virtuosos que educan á sus hijos en los principios de la mas sana moral.

¡Dichosos ellos que su adelanto les ha permitido gozar de una existencia tranquila, rodeados de sus tiernos hijos!

Las familias felices son el fruto sazonado del árbol del progreso. ¡Bienaventurados los espíritus que saben progresar!

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

RUY-SEÑOR.

Es costumbre, en el cercano pueblo de R. (establecido por los marqueses de T. V.) celebrar todos los años la fiesta del Santo Cristo de la Luz á primeros de Enero.—Costeada por los mencionados señores, se trae la banda de música del vecino pueblo de D... distante unas cuatro leguas.—Tienen estos señores la costumbre tambien, de dar un baile en el magnífico invernadero que hay á la entrada del inmenso jardin de su palacio.—Se hizo notable en el dado á primeros del presente año por su esclarecido como precoz talento, tanto en la música como en su manera de espresarse, un niño que apenas contaria unos trece años; siendo entre los músicos que componian la banda, el que con mas oido y afinacion llenaba su papel: en los ratos de descanso se le hacia tocar solo al niño infinidad de cantos de pájaros que él imitaba perfectamente con el flautin; despues de lo cual el niño era agasajado por las personas principales de las cuoles recibia múltiples obsequios bien de dulces ó monedas.—Era este nn sér enfermizo y raquí-tico, pues apenas aparentaba tener ocho años; pero apesar de lo diminuto de su persona Ruy-señor (nombre que se le daba por su predileccion por imitar este pájaro, (era un personage que no podia pasar desapercibido en parte alguna, pues se hacia notable tambien por lo fino y distinguido de su porte. ¡Pobre niño criado entre toscos paletos á quien

únicamente poder imitar!—Vestia un uniforme azul con un estrecho galon dorado en el pantalon, otro en la boca manga y otro en la gorra.—Era imposible escuchar la voz del pequeño niño sin conmoverse: era imposible contemplar su penetrante y expresiva mirada y lo severo de su continente sin admirarlo.

Fué pues llevado á presencia de los marqueses, sosteniendo con ellos muy amigable plática sin que el niño se turbara, ni se manifestase tampoco abrumado por tantas distinciones de que aquellos orgullosos señores le colmaran, ciertamente no acostumbrados á tales demostraciones.—Ruy-señor era un sér impasible: era un niño-hombre y un hombre profundo y pensador.

Repentinamente todos notaron un cambio en el niño: mudó de color se le vió palidecer y demostrar cierta inquietud y cierto mal estar: por fin logró escapar de entre aquellos señores que ya empezaban á impacientarlo.—La banda dejó oír sus acordes y las parejas dieron principio al valz; pero cual seria la sorpresa de todos al ver venir á Ruy-señor gorra en mano á solicitar de una niña sobrina de los marqueses (hermosa criatura de unos nueve años de edad) si queria bailar con él. La niña se levantó presurosa sin pedir permiso á sus tios y sin cuidarse de mas que de obedecer á Ruy-señor. Ambos se lanzaron al baile: pronto todas las parejas fueron haciéndose á un lado, los niños se quedaron solos.—¡Con qué cuidado la llevaria Ruy-señor! ¡cómo se miraban los dos niños: que locura, que alegría los dominaba á los dos! ¡Qué sentimiento demostraron ambos cuando cesó la música! ¡qué triste se sentó la niña! ¡qué mohimo se retiró Ruy-señor!—Ya no fué posible hacerle imitar mas los pájaros aquella noche. Ya no sabia el niño nada mas que merodear al rededor de Rosita: en la espresion de su fisonomía se retrataba la admiracion que le causaba la niña y un no se qué de tristeza y desesperacion que causaban lástima, á la par que la hilaridad por lo extraño del suceso.—Rosita por su parte no se descuidaba: mas disimulada, dirigia de vez en cuando miradas á hurtadillas al niño, en las que por ser breves no dejaban de espresar todo el fuego de un alma apasionada: despues se la veia abatida y dominada de la misma tristeza que dominaba al niño.

Cesó el baile: cada mochuelo, como vulgarmente se dice, marchó á su olivo; así pues, marcharon Rosita y Ruy-señor. ¡Qué elocuente fué la última mirada que se dirigieron! ¡cuánta ternura, cuánta desesperacion, cuántas frases de dolor se dijeron por medio de sus ojos sin hablarse!—Aquella noche fué imposible hacerle tomar nada durante la cena á la niña: no respondia á cuantas preguntas se le hicieron, el delirio estada apoderado de su cabeza y su vista fija siempre en un mismo lugar brillaba con el fuego de la calentura.—En cuanto á Ruy señor sobre poco mas ó menos, se centó en villa que habia pasado la noche lo mismo. El pobre niño no habia logrado conciliar el sueño: habia pasado la noche dando vuelcos en la cama esperando que fuese de dia para marchar..... ¿dónde? á las puertas del palacio en que habitaba Rosita. Allí frente á sus balcones se le vió al amanecer paseándose de uno á otro lado de la acera y mirando con mortal inquietud hácia aquellas ventanas, que aún permanecian herméticamente cerradas.—Así lo sorprendieron sus compañeros (hombres todos) que á la hora de marcharse del pueblo lo habian hechado de menos y salieron en su busca. — Pero todo fué en vano: no habia poder humano que arrancara al niño de aquel lugar; no hubo razones que lo convencieran, pues Ruy señor era demasiado querido de sus compañeros para violentarlo, por lo que acompañando al niño permanecieron mas de una hora frente aquellas ventanas.—Por último, lograron convencerlo prometiéndole que lo volverian á traer á ver la niña; pero no fué esto hasta que se abrieron las puertas del palacio y apareció en ellas el conserje.—Ruy señor con el mas profundo dolor y severo continente se acercó á él:—¿Dígame V. á Rosita que he estado una hora paseándome frente á las ventanas: que me voy sin despedirme de ella; pero que yo volveré!—Discurso que por lo natural y resuelto de su entonacion dejó estupefacto al pobre hombre.

Rosita fué traída á poco á la casa de sus padres, que habitan en esta poblacion: todo hace temer que la existencia de la niña sea muy corta, porque la tisis hace grandes estragos en ella destruyendo su organismo.

En cuanto á Ruy Señor ¡pobre niño! ignoro la enfermedad que es causa de su raquitismo; pero todo hace presentir en él tambien, un fin próximo.

.
.
.
.

Hace pocos dias que recibí carta de uno de los parientes que tengo en D... al que sabedores de la aventura de Ruy Señor, yo solia preguntarle por él:—en ella me participa la muerte del pobre niño, de resultas de una caída la cual lo ha llevado al sepulcro.—La mencionada persona solia tener con él largas conversaciones de la niña y le tenia

prometido traerlo en Granada por lo cual los unia la mas estrecha amistad.—Breves instantes antes de morir fué éste á verlo: en los lábios de Ruy Señor se dibujó una sonrisa amarga:—¡Ya no iremos á ver á Rosita! dijo y fueron sus últimas palabras.

En cuanto á la niña ¡pobre ángel! que desfigurada está: que estragos tan horribles ha hecho en ella su mal.—¡Quién conoce aquella niña de nacarada y sonrosada tez que henchida de júbilo bailó hace diez meses en las fiestas del Santo Cristo con Ruy-señor! —Grandes surcos morados rodean sus hermosos ojos, su palidez cadavérica y lo fatigoso de su respiracion demuestran su proximidad á la tumba.—Cuando se le nombra á Ruy Señor que se acuerda de ella y va á venir á verla, en sus ojos brilla un relámpago de alegría, despues se dibuja en sus lábios la sonrisa amarga que le es habitual y vuelve á caer en el abatimiento en que la tiene postrada su enfermedad.—¡Pobre ángel.

INVISIBLE.

Granada, Octubre 1882.

NUESTRA FE ESPIRITISTA.

No reconocemos más que una autoridad y un dogma, la verdad. Antes que nuestras creencias se arraigasen en nuestra conciencia, han sido analizadas por nuestra razon. Nuestra fé ha sido ayer nuestra duda, y nuestras dudas de hoy, grandes porque es mucho lo que nos queda que saber todavía, porque es insignificante lo que hemos explorado en el campo que descubrimos, serán nuestra fé de mañana.

La facilidad con que todas las religiones se han subdividido hasta ahora en sectas que formaron cuerpo de doctrina, aparte del centro originario donde se habian creado, es una prueba de lo ingratas que han sido con la razon humana, de la violencia con que han planteado sus dogmas, y por consiguiente de la inarmonía en que han vivido con la verdad y hasta con la naturaleza, esa providencia inevitable á través de la cual tiene que buscar el alma á su Creador.

Las religiones han cumplido con su mision. Las hemos visto no solo encauzar el sentimiento de los hombres segun las necesidades y aspiraciones de los pueblos sobre los cuales han dominado, sino tambien responder inmediatamente al deseo que induce al corazon humano á creer y esperar en algo concreto y definido, sin género alguno de vacilaciones y dudas.

El Espiritismo cumplirá tambien la suya. No se funda en la necesidad arbitraria de un deseo sino en la necesidad de la razon. Viene lentamente, con esa lentitud con que la pequeña nube invade todo el cielo, marchando con la ciencia y sin enemigos, porque no ha creado enfrente de sí ese poder del mal, que sin existir, su sola idea ha dejado sobre las pasadas generaciones densas tinieblas, huellas de sangre, ignorancia y horrores sin cuento.

El Espiritismo no se presenta, pues, envuelto en el misterio; viene con la naturaleza, rechaza lo violento é inarmónico. Sus dogmas tendrán que ser axiomas cuando fije como incontestables los principios que sustenta. No necesita ciegos prosélitos ni apasionados campeones, si no amigos insaciables del bien y constantes partidarios en el campo de la sabiduría.

El Espiritismo lo invade todo. Busca el medio de mejorar las condiciones así morales como materiales del hombre; busca su bienestar. Estudia en la historia la humanidad, con el geólogo el planeta, con el químico la materia, con el antropólogo y el fisiólogo al hombre, con el astrónomo el movimiento de los mundos. Registra desde el Génesis hasta el Apocalipsis, desde los Vedas y Confucio hasta los libros de las teogonías mas modernas, para rebuscar en ese sagrado depósito del sentimiento humano, algo tradicional que añadir á la verdad.

Nuestra fé nadie nos la impone, nosotras nos la creamos. Y sentimos así que nuestro corazon se ensancha, y que nuestro espíritu se agita. Algo hay en torno nuestro, sobre nuestras cabezas y á nuestros piés. Y este algo lo invocamos, y nos responde, y nos alienta para marchar al porvenir, y marchamos seguros de encontrar mas allá el bien. La razon nos guia, y con ella cada vez vemos mas claro el camino que emprendemos. Siendo esta luz inextinguible, ¿cuál será nuestra felicidad...?

No, no reconocemos mas que una autoridad y un dogma, la verdad.

AVELINA COLON.

LIBERTAD DEL PENSAMIENTO.

Cuando nos vemos asaltados por ideas que molestan nuestra imaginación, al reconocer que no recaen en nada útil y provechoso, debemos luchar y vencerlas. Esa gimnasia del pensamiento contra las pasiones es la que nos llevará al progreso que necesita el espíritu.

Y es indudable, pues guiando la inteligencia hacia la conformidad, corregimos nuestros instintos, librándonos así de cometer una imprudencia. Alcanzada la resignación, quedamos libres del horrible peso que antes nos dominaba; entonces respiramos con más expansión y nos dirigimos por brillantes y sublimes inspiraciones que nos envuelven en agradables sentimientos.

Esos ecos que suenan en nuestra alma cuando nos encontramos halagados por indefinible y consoladora tranquilidad, son el fruto de la lucha que sostenemos contra las malas intenciones.

Apreciemos el precioso don de naturaleza que poseemos y nos permite dirigir nuestras obras hacia el bien, para que de él salgan torrentes de luz y nos hagan brillar destruyendo á la vez el velo material que nos entorpece.

De ese admirable rayo de mágico y reluciente encanto que se encierra en las ideas puras de que es dueño el pensamiento con facilidad puede hacerse que broten luminosos y embriagadores raudales de fé y amor hacia el camino del progreso.

Si llegáramos á comprender cuán grato es sentir y expresar todo lo que anhelamos conocer, con más razón nos dejaríamos ir por la entusiasta idea de la esperanza que se transporta en nuestra imaginación.

Despojando á nuestro sér de las materializadas costumbres que nos dominan, sentimos las conmovedoras sensaciones que purifican nuestros actos dejando ver en ellos los sencillos pensamientos que ennoblecen el alma. Entonces, al adquirir el corazón la tranquilidad que busca por medio del dominio ejercido contra las pasiones, nos recreamos en admirar y reconocer todo cuanto alcanza la poderosa imaginación con que Dios nos creó.

En ese estado de verdadero entusiasmo, quedamos respirando el agradable ambiente que nos hace tomar expansión y seduce al espíritu á mayor libertad. Nuestra alma se extasia contemplando en tal instante un horizonte de maravillas indescribibles, que ensalza y adorna nuestras ideas, sintiéndonos halagados por lisonjeros destellos de placer y nos dejaríamos arrastrar por los consoladores emblemas que nos brindan delicias desconocidas, á no ser por la esclavitud que nos sujeta en esta esfera.

DOLORÉS DIAZ.

Ponce, Julio 25, 1882.



¡Cuántos volúmenes se podrían escribir, comentando la admirable carta del hombre más grande de este siglo!.....

Víctor Hugo, el primer poeta del siglo, es tan buen filántropo como buen poeta.

Hé aquí la carta acompañatoria de una suma que ha remitido para auxiliar á los inundados italianos:

«Opongamos á las violencias de la naturaleza, la unidad humana. Por todas partes donde esa fuerza desconocida estalle y produzca el mal, que la unidad humana se disponga á lograr el bien. Contra las inundaciones, contra los incendios, contra las catástrofes, que son locales, organicemos suscripciones que puedan resultar universales. Con diez cuartos por cabeza se pueden realizar millones; el cuarto del pueblo probará su poder, y la fraternidad de los pueblos engendrará la fraternidad de los hombres.

VICTOR HUGO.»



SUSCRICION A FAVOR DE UN ESPIRITISTA DESGRA CIADO.

Suma anterior, 299 pesetas.—De un espiritista extremeño, 10 id.—De Cádiz, 25 id.—Del Centro espiritista de Santa Pola, 10 id.—De D. Francisco Segarra, 5 id.—Del Centro espiritista de Huesca, 20 id.—Total, 369 pesetas.

SAN MARTIN DE PROVENSALS.—Imprenta de Juan Torrents, Triunfo, 4.